



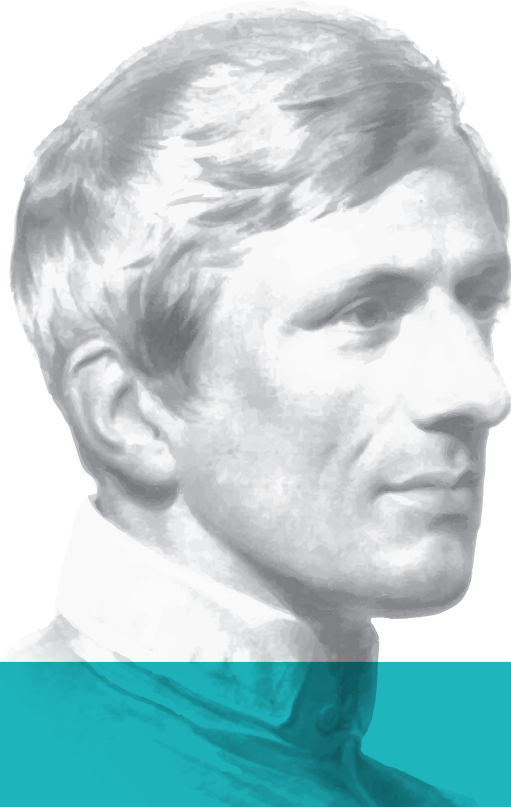
JOHN HENRY
NEWMAN



SERMONES
PARROQUIALES

- 7 -

Parochial and Plain Sermons



Sermones parroquiales / 7



100XUNO



Retrato de John Henry Newman pintado por Sir William Charles Ross en el año de su conversión, 1845.

John Henry Newman

Sermones parroquiales / 7

Introducción y traducción de Víctor García Ruiz



Título en idioma original: *Parochial and Plain Sermons*

© Ediciones Encuentro, S.A., Madrid, 2025

© de la Introducción: Víctor García Ruiz

Nueva edición corregida



Universidad
Pontificia
de Salamanca

Este libro se ha editado gracias a la colaboración de la «Cátedra San John Henry Newman», de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca, patrocinada por el Real Colegio Inglés (Valladolid) y el Real Colegio Escocés (Salamanca). La Cátedra tiene como objetivo favorecer el estudio de la figura y los escritos de su titular.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 166

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: TG-Madrid

ISBN: 978-84-1339-283-7

ISBN de colección: 978-84-1339-285-1

Depósito Legal: M-10991-2026

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Introducción	
EN EL LECHO DE MUERTE DE MI ANGLICANISMO	11
Obras citadas.....	27
Tabla de abreviaturas.....	29
SERMONES PARROQUIALES	33
Sermón 1	
EL PASO DEL TIEMPO.....	35
[n. 327 1 de enero de 1832]	
« <i>Todo lo que esté al alcance de tu mano, hazlo con todas tus fuerzas, pues en el seol adonde te diriges no hay acción ni discernimiento, ciencia ni sabiduría</i> » (Qo 9,10)	
Sermón 2	
LA RELIGIÓN CANSA AL HOMBRE NATURAL.....	45
[n. 173 27 de julio de 1828]	
« <i>No hay en él parecer, no hay hermosura que atraiga nuestra mirada, ni belleza que nos agrade en él</i> » (Is 53,2)	
Sermón 3	
EL MUNDO ES NUESTRO ENEMIGO.....	55
[n. 189 8 de marzo de 1829]	
« <i>Sabemos que somos de Dios, mientras que el mundo entero yace en poder del Maligno</i> » (1 Jn 5,19)	
Sermón 4	
LA ALABANZA DE LOS HOMBRES.....	67
[n. 190 15 de marzo de 1829]	
« <i>Amaron más la gloria de los hombres que la gloria de Dios</i> » (Jn 12,43)	

Sermón 5	
VENTAJAS TEMPORALES.....	81
[n. 53 23 de enero de 1825]	
<i>«Pues nada hemos traído al mundo y nada podemos llevarnos de él: mientras tengamos alimentos y con qué cubrirnos nos daremos por contentos» (1 Tm 6,7-8)</i>	
Sermón 6	
EL TIEMPO DE EPIFANÍA.....	93
[n. 578 17 de enero de 1841]	
<i>«En Caná de Galilea hizo Jesús el primero de los signos con el que manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él» (Jn 2,11)</i>	
Sermón 7	
EL DEBER DE LA ABNEGACIÓN.....	101
[n. 232 28 de marzo de 1830]	
<i>«He moderado y acallado mi alma como un niño en el regazo de su madre. Como niño satisfecho está mi alma» (Sal 131,2)</i>	
Sermón 8	
EL YUGO DE CRISTO.....	113
[n. 529 24 de febrero de 1839]	
<i>«Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas: porque mi yugo es suave y mi carga es ligera» (Mt 11,29-30)</i>	
Sermón 9	
MOISÉS, FIGURA DE CRISTO.....	125
[n. 335 15 de abril de 1832]	
<i>«El Señor, tu Dios, suscitará de ti, entre tus hermanos, un profeta como yo; a él habéis de escuchar» (Dt 18,15)</i>	
Sermón 10	
LA CRUCIFIXIÓN.....	135
[n. 588 25 de marzo de 1842]	
<i>«Fue maltratado, y él se dejó humillar, y no abrió su boca; como cordero llevado al matadero y como oveja muda ante sus esquiladores, no abrió su boca» (Is 53,7)</i>	
Sermón 11	
LA ASISTENCIA A LA SAGRADA COMUNIÓN: POR QUÉ LOS HOMBRES NO VAN A CRISTO.....	145
[n. 287 y 289 27 de febrero de 1831]	
<i>«Y no queréis venir a mí para tener vida» (Jn 5,40)</i>	

Sermón 12	
EL FESTÍN DEL EVANGELIO.....	155
[n. 506 20 y 27 de mayo de 1838]	
<i>«Jesús, al levantar la mirada y ver que venía hacia él una gran muchedumbre, le dijo a Felipe: ¿Dónde vamos a comprar pan para que coman éstos?» (Jn 6,5)</i>	
Sermón 13	
EL AMOR A LA RELIGIÓN, UNA NUEVA NATURALEZA	169
[n. 557 3 de mayo de 1840]	
<i>«Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él» (Rm 6,8)</i>	
Sermón 14	
LA RELIGIÓN ES AGRADABLE PARA LAS PERSONAS RELIGIOSAS.....	179
[n. 559 10 de mayo de 1840]	
<i>«Gustad y ved qué bueno es el Señor, dichoso el hombre que se refugia en Él» (Sal 34,9)</i>	
Sermón 15	
LA ORACIÓN MENTAL.....	187
[n. 220 13 de diciembre de 1829]	
<i>«Orad sin cesar» (1 Ts 5,17)</i>	
Sermón 16	
EL BAUTISMO DE LOS NIÑOS.....	197
[n. 168 15 de junio de 1828]	
<i>«Si uno no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios» (Jn 3,5)</i>	
Sermón 17	
LA UNIDAD DE LA IGLESIA.....	207
[nn. 215, 216 y 217 8, 15 y 22 de noviembre de 1829]	
<i>«Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mt 16,18)</i>	
Sermón 18	
CONSTANCIA EN LAS ANTIGUAS RUTAS: PERSEVERAR EN LA TRADICIÓN.....	217
[n. 231 21 de marzo de 1830]	
<i>«Esto dice el Señor: haced un alto en los caminos y mirad, preguntad por las antiguas rutas cuál es el camino del bien, y seguidlo, y hallaréis descanso para vuestras almas» (Jr 6,16)</i>	

Sermón N. 604
SEPARARSE DE LOS AMIGOS.....229
25 de septiembre de 1843
 «Sale el hombre a su labor, y a su trabajo hasta la tarde» (Sal 104,23)

Para Rosa y José Gabriel

INTRODUCCIÓN

EN EL LECHO DE MUERTE DE MI ANGLICANISMO

Así resumió Newman su estado interior durante los cuatro años previos a su recepción en la Iglesia católica en octubre de 1845: «yo me encontraba en el lecho de muerte de mi Anglicanismo aunque entonces solo poco a poco me iba dando cuenta de ello» (*Apología* 194). Desde el punto de vista de los hechos exteriores, el momento clave de su camino hacia la muerte fue el rechazo, cada vez más generalizado, de los obispos anglicanos hacia el *Tracto 90*, su desesperado intento de hacer compatible la Iglesia anglicana con la Iglesia de Roma, que se publicó en febrero de 1841¹. Uno de los primeros clavos en el ataúd –al que seguirían unos cuantos más– fue el nombramiento de un obispo conjunto para anglicanos y protestantes en Jerusalén. De ambas cosas se habló ya en la introducción al volumen 6 de estos *Sermones*. Volumen que llegó a sus manos un 15 de febrero de 1842. En realidad, la escueta anotación de su diario –«me llegó el 6.º volumen de sermones»– marca una profunda cesura en su actividad como predicador.

Por un lado, Newman confía a algunos íntimos que se siente cada vez más fuera de lugar en Oxford: «casi todos son más jóvenes que

¹ Anota Newman en su diario (19 ene. 1841) que estaba esos días tan metido en la redacción del *Tracto 90* que se le olvidó afeitarse para asistir a una cena concurrida (LD 8, 21).

yo². Y a eso hay que añadir la hostilidad de los Jefes de college, los cuales están ahora (no lo repitas por ahí) tomando medidas para echar a la gente de Saint Mary's» (carta a su hermana Jemima, 15 feb. 1842; LD 8, 463). Sin embargo, sigue diciendo, «he tomado la decisión de, a no ser que algo muy extraordinario suceda, tomarles la delantera dejando yo de predicar en Saint Mary's [...] creo que mi predicación es causa de *irritación*». Su puesto como *fellow* en Oriel college también empieza a entrar en esos cálculos y decisiones respecto a una futura nueva vida de la que, en realidad, Newman no sabe nada. Al mismo tiempo, práctico como siempre, empieza a pensar en sus medios de vida. Aprovechando que sus libros generan unos ingresos que quizá no volverán, piensa en «comprarse una anualidad» –poner dinero a plazo fijo– y pide a su cuñado Tom Mozley que le envíe información concreta. En junio de 1842 muere inesperadamente Thomas Arnold, precursor de la «muscular christianity» y Master de la Rugby School, modelo de esos internados británicos que, durante muchas décadas, habían de abastecer al Imperio tanto de *sportsmen* y *gentlemen* como de funcionarios. La desaparición de este antiguo *fellow* de Oriel es un golpe para este Newman que, sin saberlo entonces, está también en un lecho de muerte. La conmoción tiene un aspecto financiero y terrenal: le hace pensar en la «situación sumamente inestable de mi patrimonio, el cual quiero dejar para fines concretos, pero aún no lo he hecho, porque no veo la manera de hacerlo», según le confía a su cuñado Tom en junio del 42 (LD 9, 34-35); y enumera su patrimonio: diez acres de tierra de Littlemore, que tiene en comandita con otros cinco socios; sus pertenencias personales, con las que no sabe

² Hasta la reforma que los autorizó a casarse, lo normal era que, tras unos años, los *fellows* abandonaran su puesto en el college para casarse. Si eran clérigos, iban a alguna parroquia con un beneficio mejor o peor dotado, según los casos y los colleges de procedencia. Si no, emprendían una profesión. La otra opción era convertirse en la figura un tanto excéntrica del *scholar* solterón que sale en las novelas sobre Oxford. Es decir, que debido a la constante renovación de esos puestos, en tiempos de Newman la edad media de los *fellows* solía ser bastante baja.

si establecer un *trust* o una *joint tenancy*; en cuanto a otros bienes, de los que quiere hacer responsable a Tom para que los transfiera a los otros socios en caso de muerte repentina, y haciendo un recuento de memoria, salen a relucir los derechos de autor de sus libros, de los *Tractos* y del libro de versos *Lyra apostolica*; su biblioteca, dos cuentas (una cuenta personal y otra de inversión en el Old Bank de Oxford), los muebles de los *cottages* de Littlemore, y 1.000 libras en bonos de la Consolidated Fund³. Sin duda era una manera de soltar amarras y encarar las cosas de Dios sin olvidar las de la tierra.

Por otro lado, dadas las circunstancias en que Newman se encuentra, la publicación de ese sexto volumen de sermones debía suponer el final de la serie de sus *Sermones parroquiales y sencillos*. Sin embargo, resultó que un buen amigo tractariano que había dejado Oxford poco antes para casarse y trabajar como coadjutor en una iglesia rural, estaba publicando una serie de *Sermones sencillos, de los autores de los «Tracts for the times»*. La serie sacó diez volúmenes desde 1839, a lo largo de diez años. Al igual que los *Tractos*, los sermones se publicaban anónimos, y ni siquiera figuraba el nombre del compilador, ni aparecía firma alguna al pie de la «Advertencia» con que se abría el volumen primero. Solo «Oxford, 1839»⁴. En esa Advertencia se justificaba la publicación de estos sermones como una vía para hacer ver que lo que se ventilaba en los *Tractos* no eran asuntos puramente teóricos sino «verdades de importancia esencial y muy práctica, relacionadas más o menos directamente con nuestra vida diaria» (*Plain sermons* 2). Toda esta empresa «en favor de la Iglesia afligida» (2) se apoyaba en «la belleza y majestad innatas del Cristianismo primitivo,

³ La *Consolidated Fund* era un fondo público que existía desde 1787. Añade Newman que no recuerda tener ninguna obligación o deuda, más allá de los 14 años de alquiler de Littlemore y el dinero que manda anualmente a su tía.

⁴ Los autores fueron: Thomas Keble, John Keble, Edward Pusey, Newman, G. Prevost, R.F. Wilson, y el editor, Isaac Williams, a quien pronto se uniría W.J. Copeland como coeditor.

un sistema más rico» (1). Sí campeaba, en cambio, en la portada interior de cada volumen, la siguiente cita de san Pablo: «Porque nada podemos contra la verdad, sino en favor de la verdad. En efecto, nos alegramos cuando somos débiles y vosotros fuertes. Y es eso lo que pedimos: vuestra perfección» (2 Cor 13,8-9).

Pues bien, este buen amigo, llamado Isaac Williams (1802-1865), antiguo coadjutor de Newman en Saint Mary's y en Littlemore, además de padrino de uno de sus sobrinos, cumplió la promesa hecha a Newman –quien la aceptó con tibieza por lo que implicaba de favor económico (LD 7, 99)– de contar con él para los *Plain sermons*, y en otoño de 1842 le pidió los sermones que habían de formar el quinto volumen de esta serie. Newman contesta a Williams que sí, que tiene algunos para el tiempo de Navidad y que cree que podrá meterse algo más en el año litúrgico. «Pero», le advierte, «son muy malos. Los mejores ya los he publicado» (LD 9, 142). Lo cual nos deja a nosotros un tanto cariacontecidos. El caso es que Newman mandó 36 sermones que, en efecto, se publicaron en 1843 como volumen quinto de la serie, concretamente los sermones números 129 a 164. En 1868, el propio Newman decidió publicar de nuevo esos sermones –lo cual nos consuela bastante– dentro de sus *Parochial and Plain Sermons*, pero separándolos equitativamente en dos tomos de 18 sermones cada uno: el séptimo, que se traduce aquí, y el octavo y último.

Pero volvamos a las circunstancias personales de Newman. Ya sabemos que había puesto algo de tierra de por medio respecto a las tiraneces del ambiente de Oxford, y que vivía a caballo entre sus habitaciones de Oriel, y su «celda» en Littlemore, a unas tres millas de distancia. El sábado 19 de febrero, dos días antes de su cumpleaños, apunta en su diario: «subí a Littlemore a las 7, en calesa, para siempre». Se completaba así un traslado que había empezado a ser definitivo el año anterior al emprender la mudanza de su numerosa biblioteca. «Puesta alfombra en biblioteca – me siento en ella por primera vez» apunta ilusionado (26 feb. 1842; LD 8, 471). Y, una vez terminada la obra gruesa de hacer habitable lo que habían sido unos graneros, «subo a Littlemore por la

noche en calesa y duermo por vez primera en mi propia celda; nadie más en la casa» (20 abr. 1842; LD 8, 508).

Durante estos meses Newman va a dar pasos que harán pública su posición respecto a la Iglesia anglicana. No así su posición respecto a la Iglesia católica, para desesperación de la comunidad de católicos en Inglaterra que esperan ansiosos que se sume a las numerosas conversiones, reales o supuestas, de las que se oye hablar en el entorno de los tractarianos. Uno de aquellos pasos es el envío que hace el 12 de diciembre de 1842 al director del *Oxford Conservative Journal* de una *Retractación de afirmaciones anti-Católicas*, adjetivo este último que en realidad significa anti-Romanas, en la que rescata ocho pasajes de obras suyas. Se publicó efectivamente, aunque sin firma, el 28 de enero del 43 y un mes después le escribe su hermana Jemima para decirle que el misterioso documento está causando «un gran barullo en el mundo» (LD 9, 247). Ciertamente, es extraño que alguien se retracte de sus afirmaciones anónimamente.

El otro paso al que me referiré, su autorreducción al estado laical dentro de la Iglesia anglicana, es algo más complejo por cuanto reúne al menos tres elementos. El principal, su creciente convencimiento de que la Iglesia anglicana es una iglesia cismática, dará lugar a los otros dos: su dimisión como vicario de la iglesia de Saint Mary's y la predicación de su último sermón como clérigo anglicano, que tituló *The Parting of Friends (Separarse de los amigos)*. El 4 de mayo de 1843 hace una confesión epistolar a su admirado John Keble, al que tiene por consejero espiritual. El tono de la carta es agónico y tiene como fin preparar al amigo para estas palabras, demasiado claras:

«en el momento presente y en la medida en que soy capaz de darme cuenta de mis convicciones, me temo que considero que la Comunión Católico-Romana es la Iglesia de los Apóstoles, y que la gracia que hay entre nosotros (que, por la bondad de Dios, no es poca) es extraordinaria y procede de la superabundancia de Su Dispensación.

Mucho *más* seguro estoy de que Inglaterra está en cisma que de que las adiciones romanas al Credo Primitivo no sean desarrollos procedentes

de un agudo y vivo entendimiento del Depósito Divino de la fe» (LD 9, 328; mantengo las mayúsculas y la cursiva).

La carta que contenía estos dos párrafos venía junto a otra en la que Newman acusaba recibo del permiso condicional que Keble le daba para dimitir de Saint Mary's y, sobre todo, preparaba a su amigo «a soportar el tremendo sufrimiento que te voy a causar, cuando leas la otra carta» (327). Poco después, le confía «la enorme irritación interior a que Saint Mary's me expone continuamente», y que «siguiendo en Saint Mary's, soy un escándalo y una ofensa [...] no veo cómo puedo volver a predicar o publicar más mientras siga en Saint Mary's» (LD 9, 348-49). «En cuanto a predicar, tengo los días contados en Saint Mary's» (11 julio 1843, 420). Tanto sus amigos como sus enemigos pensaban que el paso de Newman hacia Roma podía producirse en cualquier momento, pero él callaba y nadie osaba hacerle preguntas directas. Sí se atrevió, en cambio, la mujer de su amigo William Froude. A ella le confió: «no cabe la menor duda de que me estoy acercando a Roma. Tampoco cabe la menor duda de que los que están más cerca de mí lo ven, aunque yo no lo quiera. Estos dos hechos, unidos al muy significativo de que los obispos, los Jefes de los grupos religiosos y los órganos de la opinión religiosa me han repudiado, me han decidido a dimitir de Saint Mary's, aunque aún no lo he hecho público» (LD 9, 444). Ya en septiembre, confía a un cuñado: «la verdad, pues, es que no soy un hijo suficientemente bueno de la Iglesia de Inglaterra como para, en conciencia, ostentar cargos en ella. Amo demasiado la Iglesia de Roma». A continuación, añade: «*quema* esta carta; sé buen chico, que a veces te dejas las cartas en la repisa de las chimeneas» (LD 9, 494). Sin embargo, ese mismo día escribe a Keble: «aún estoy dispuesto a seguir en Saint Mary's, si tú lo crees mejor» (494); y a un tractariano romanizante en exceso, le hacía ver que tratándose de «un paso tan trascendental», uno debe concederse «un cierto plazo de prueba» y, con la clara intención de parar los pies al entusiasta –Frederik William Faber, que tantos quebraderos había

de darle en el futuro desde el Oratorio de Londres–, añadía: «a veces he pensado que, si me sintiera tentado de ir a Roma, lo que debería hacer es rezar durante tres años, y poner a mis amigos a rezar para que yo muriera antes que convertirme, si tal conversión fuera un error» (497).

No obstante, este mes de septiembre de 1843 en que se cumple el décimo aniversario del primero de los *Tracts for the times*, se dan hechos decisivos. «El movimiento está yendo tan deprisa que las ruedas están empezando a arder» (LD 9, 503); así escribe a un amigo para anunciarle la conversión a Roma de uno de sus alojados en Littlemore, al que había admitido con la condición de que no tomara ninguna decisión en el plazo de tres años. Ese mismo día, se franquea con Keble sobre el incidente:

«Soy para ti como el mensajero de Job [...] La verdad es que no puedo seguir en Saint Mary's; y, lo que es incomodísimo, estos esfuerzos por parar a otros, me hacen daño *a mí*; porque siento que el conflicto que los aleja a ellos de Roma me lleva a mí, como es natural, en la dirección contraria [...] la conversación de hoy me ha hecho mucho daño; es decir, ha aumentado mi convicción de la falsa posición en que nos encontramos» (LD 9, 503).

A los pocos días, Newman pide permiso a su obispo para dimitir como vicario de Santa María y el 16 de ese mes el obispo acepta su dimisión. El domingo 24 de septiembre predica allí su último sermón, del que no queda rastro, que yo sepa.

En cambio, el que predicó en Littlemore al día siguiente, 25 de septiembre de 1843, será un sermón absolutamente memorable, comenzando por el título, *Separarse de los amigos*, y siguiendo porque se trataba de un servicio para conmemorar el séptimo aniversario de la dedicación de la iglesita que Newman había construido y cuya primera piedra había colocado su madre, que murió a los 64 años sin verla terminada. En su diario consta: «observado aniversario Littlemore – Pusey administró sacramento – leyó Copeland – yo prediqué

número 604, mi último sermón – cenas en Oxford de Church y C M, pero no fui a ninguna». Al día siguiente, uno de los asistentes hizo para su esposa un relato, que constituye el único testimonio que conozco de esta celebración y que ofrece unos acentos dramáticos, en abierto contraste con el gélido tono del diario. El testigo, Edward Bellasis, uno de los grandes amigos y apoyos de Newman en sus años de católico, fue a recoger a Pusey a su casa y juntos hicieron las tres millas hasta Littlemore. El servicio era a las 11 en punto. La iglesia, como de costumbre, estaba adornada con flores sobre el altar⁵, las ventanas superiores, la tumba de Mrs Newman y en todos los asientos de ambos lados del pasillo central, sobre todo dalias, pasionarias y fucsias. La celebración comenzó con la procesión de los oficiantes y los niños de la escuela desde la escuela hasta la iglesia, cantando un salmo según avanzaban. Los niños llevaban levitas y gorras nuevas, regalo de Newman en su despedida. Oficiaban Newman, Pusey, Copeland y Bowles. Acudieron amigos de todas partes, que se saludaban como quien asiste a un funeral, y que hubo que acomodar en sillas a la entrada de la pequeña iglesia, donde reinaba un silencio profundo. A Newman no se le vio hablar con nadie antes del servicio. Comulgaron ciento cuarenta personas. «Nunca olvidaré el sermón, con la voz que le fallaba, las largas pausas, los perceptibles y fallidos esfuerzos por controlarse, junto al profundo interés del tema; fue algo abrumador. La voz de Newman era baja, pero bien perceptible y clara⁶, y su tema una queja y una protesta apenas velada por el trato recibido y que

⁵ Un obispo de la época se refería al «intolerable yugo» de prácticas romanas como «adornar la mesa de la Comunión con flores», especialmente cuando esas flores se renuevan un día y otro, como para significar analogía con la historia del santo que se conmemora (LD 9, XX).

⁶ Otros testigos coinciden en esta extraordinaria nota de la voz de Newman: «el 99% de las voces bajas y suaves son monótonas. Pero en su caso la falta de volumen o alcance capaz de variaciones a gran escala se compensaba por la pureza del tono, que reflejaba las menores modulaciones [...] los que conocieron al Cardenal *le oyen* cuando le leen, y a menudo un pasaje de un sermón [...] les viene de una forma que otros difícilmente pueden experimentar» (*Sermon Notes ix*).

le llevó a renunciar». Newman hacía un repaso a distintos casos de despedida en la Biblia, comenzando con las opuestas actitudes hacia su suegra Noemí por parte de Orpá, que la besó y marchó, y la de Rut, que se quedó con ella. Seguía la separación de David y Jonatán, en la que el testigo veía una alusión personal a Pusey, sentado ahí mismo. Y terminaba con un emocionante pasaje alusivo a la aspereza antinatural de la Iglesia de Inglaterra, incapaz de hacer nada por sus hijos. La conclusión: «Y ahora, amigos, amigos queridos», y tras una larga pausa, «si sabéis de alguien que con sus enseñanzas o sus escritos os haya ayudado, os haya comprendido, o acompañado, oh, amigos míos, (*larga pausa*), acordaos de él en los tiempos que han de venir, aunque ya no le oigáis más, y rezad por él para que sepa reconocer en todo la voluntad de Dios y para que en todo momento esté dispuesto a cumplirla». Terminado el sermón, Newman bajó del púlpito, se quitó el *hood* de Master of Arts –una especie de estola que cuelga por la espalda– y lo dejó cubriendo simbólicamente la barandilla del comulgatorio: sus días como clérigo anglicano habían terminado. Recibió la comunión, pero ya no tomó parte en la liturgia. Pusey consagró las especies en medio de lágrimas y una o dos veces se vio completamente abrumado y tuvo que parar. «Nada que yo pueda decirte, puede darte la más remota idea del dolor o de la solemnidad de la ocasión» (Bellasis 63-65). En la colecta se reunieron 61 libras (LD 9, 539) –mucho dinero para la época.

Los siguientes dos años Newman los vivió en Littlemore como laico, todavía *fellow* de Oriel, dedicado a una vida de oración y ascetismo, a editar las *Vidas de los santos ingleses*, y a escribir su *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*. En Littlemore se levantaban a las 5.30 y se hacían solo dos comidas al día, desayuno hacia las 12 y cena hacia las 5 o las 6. Las actividades se reducían a rezar juntos las horas canónicas, escribir, traducir o estudiar, y dar un paseo al medio día, fuera del cual se guardaba silencio. Para los servicios salían una o dos veces a la iglesia de pueblo. Supongo, de todas formas, que habría temporadas más austeras que otras. Es curioso que el más temprano

de los sermones recogidos aquí, predicado en 1825, cuando Newman era un predicador novato, contenga la fuente de donde pudo surgir la idea de Littlemore: la iglesia paleocristiana tal como la describen los *Hechos de los apóstoles*, que hablan de comunidades para la oración y la acción de gracias, para el trabajo y el estudio, para el cuidado de los pobres, para la mutua edificación y para prepararse a la venida de Cristo; «aunque no la sigamos como regla», añade un Newman que por entonces era solo diácono.

Así fue el lecho de muerte de su anglicanismo que, según él, apenas tiene historia: «es el momento en que se cierran las puertas, se corren las cortinas y al enfermo ni le importa ni es capaz de hacer recuento de las distintas etapas de su dolencia». No obstante, «a mí no me dejaron morir en paz». El problema no fue tanto que algunos amigos «que tenían pleno derecho a visitarme y ocuparse de mí, difundieran una especie de historia de esos últimos cuatro años míos». El problema tuvo que ver con los que no eran tan amigos y con la «opinión pública que, en cambio, *no* tenía el menor derecho a ninguna de las dos cosas» (*Apologia* 194). El tipo de incidentes a que Newman se refiere es, por ejemplo, el del *warden* de Wadham College, que no era «tan amigo» y sí muy metomentodo, además de rotundamente evangélico: sin previo aviso se presentó un día en Littlemore, llamó a la puerta y dio la casualidad de que le abrió el propio Newman, a quien preguntó «si podía ver el monasterio. ‘Aquí no tenemos monasterios’, fue la respuesta; y le cerró la puerta en las narices». Aunque la verdad es que en Oxford lo llamaban popularmente «el monasterio» (Pattison 190). Tan es así que, un martes de carnaval, un estudiante vio por la ventana a Newman cruzar la calle hacia Trinity College, cuando ya sonaba la campana para la cena. Y le comentó al que estaba con él en la habitación: «Mira, ahí va Newman, a tomar su última cena decente hasta el Domingo de Pascua» (LD 32, 560).

En cuanto a la opinión pública en general, al mismo Newman, que por aquel entonces esperaba una vez sentado en un tren, le tocó escuchar una conversación procedente de un coche vecino, donde uno

de los pasajeros aseguraba en tono exaltado a sus acompañantes que él sabía de muy buena tinta que Newman era un jesuita, ¡un jesuita!

Una mirada a las fechas de los sermones que Newman ofreció a Williams nos hace ver que, en efecto, tienen algo de desecho de tintera. De los dieciocho, hay doce que podemos calificar de viejos, todos anteriores a 1832; es decir, predicados entre diez y diecisiete años antes del momento de su publicación. Solo seis eran más o menos recientes, entre 1838 y 1842. Aunque se percibe la presencia de varios temas comunes, no vemos la clara línea temática que estructura otros volúmenes. Ahora bien, ¿son tan malos estos sermones como le advertía Newman a su amigo y editor? Creo que permanece mucho de la incisiva agudeza y del sentido práctico que caracterizan a este predicador. A una distancia de 40 o 50 años, el canónigo Charles W. Furse escribe así sobre los sermones de quien considera «my Master» y «the great Master» (LD 32, 559):

«En cuanto al efecto inmediato de escucharlos, era como si Newman me practicara la vivisección. Empezaba con los órganos menos vitales, a veces los más alejados, luego atacaba hacia arriba y hacia adentro. La aplicación práctica del sermón se hacía en párrafos sucesivos. El primero te clavaba y te fijaba al asiento como con un tornillo. El segundo apretaba el tornillo. El tercero cogía otro miembro y le metía hasta el fondo otro tornillo. Y cuando pensabas que era imposible que se acercara más a ti, tomaba un taladro más fino y un punzón más afilado y te dejaba absolutamente empalado [...] A esta influencia de su predicación se refiere él conscientemente en su último sermón en Littlemore: “si sabéis de alguien cuya suerte ha sido, por escrito o de palabra, ayudaros a obrar así en alguna medida; *si alguna vez os dijo lo que sabíais sobre vosotros mismos, o lo que no sabíais*” [...] No había nada parecido a *pegar duro* en Newman—nada de exageraciones, nada de trascendentalismo—, nunca te ofendías por ninguna palabra, ni tampoco la evitabas, ni se te ocurría acudir a otra persona para que suavizara sus juicios. Te sentabas, y era todo el tiempo el Buen Samaritano derramando vino en tus heridas—siempre el vino primero, luego el aceite [...] En más de una ocasión, tras un sermón así fui incapaz de entrar en el *Hall* y me quedé sin cenar» (LD 32, 559).

«¡Newman ha leído mi diario!», se decían los estudiantes a la salida de los sermones, sorprendidos por lo incisivo de sus ejemplos y sus interrogaciones. En realidad, Newman nos estaba leyendo su propio diario. Yo diría que toda esa psicología en torno a la práctica y la experiencia religiosa es profundamente autobiográfica, el diario de su alma, retazos de la historia entre «yo y mi creador» (*Apología* 51).

El sermón «La religión cansa al hombre natural» aborda un tema un tanto incómodo y tremendista: que el hombre tiene una aversión natural por la religión. Llega a decir Newman que la naturaleza humana «está en guerra con Dios». Al igual que en otros sermones de sus comienzos como pastor anglicano, el contexto es la Revolución Industrial, el rápido enriquecimiento del país mediante el comercio internacional, la expansión geográfica y un vertiginoso desarrollo de avances en lo material. La consecuencia es que la literatura del día se ha cansado de la religión revelada. En 1830, con «El deber de la abnegación» vuelve sobre esta idea de que la religión va a la contra de la naturaleza. Y aún volverá sobre el tema en 1840 con «La religión es agradable para las personas religiosas» para decirnos que, sí, a la mayoría de la gente le aburre la religión, pero es agradable para las personas religiosas.

El tempranísimo sermón sobre las «Ventajas temporales», predicado cuando Newman aún era diácono, insiste en una de sus primeras preocupaciones como pastor en un país que está haciéndose muy rico y donde la clase media se avoraza a medida que crece la riqueza a su alrededor. «Mantener un espíritu religioso en medio de los compromisos y la agitación de este mundo», dice, «solo es posible para un santo». Las mismas circunstancias que llevarán a Marx a concebir sus teorías económicas y sociológicas desde la Reading Room de la Biblioteca Británica poco después, llevan a este neófito Newman a predicar la austeridad y un activo desamor por las riquezas. Muchas novelas del siglo –*Vanity Fair* de William Thackeray, publicada entre 1847 y 1848, sin ir más lejos– dan cuenta del auge de la rapacidad y de la falta de escrúpulos para ascender socialmente mediante el dinero o

sus apariencias. «Ventajas temporales» debería ser lectura obligatoria para cuantos se dedican al éxito y al dinero. No estaría de más que las escuelas de negocios lo incluyeran en los programas de sus cursos –o mejor, en sus *Syllabi*, ya que tanto gustan de la jerga anglosajona. Al babieca de Sherman McCoy, el «amo del universo» en *La hoguera de las vanidades* (1987), la novela de Tom Wolfe, más le hubiera valido leerse este sermón a tiempo...

En «El mundo es nuestro enemigo», de 1829, un Newman muy metido en las cosas del día prosigue su exploración de las repercusiones del desarrollo macroeconómico en la microeconomía espiritual y moral de las personas. «Para ser un héroe a los ojos del mundo, es prácticamente imprescindible quebrantar las leyes de Dios y las de los hombres». La Iglesia, por su parte, santa y pecadora al mismo tiempo, asume unas relaciones complejas con el mundo en que está embebida.

Se diría que «La alabanza de los hombres» refleja los titubeos de Newman hacia 1829 entre sus tendencias liberales de entonces y otras más apegadas al principio dogmático, que han empezado a ganarle por completo. Unas y otras estaban bien presentes en la sala de profesores de Oriel; de ahí, seguramente, la insistencia en el desprendimiento de la fama personal, del honor; en no tener miedo al rechazo de los hombres, cuando lo que está en juego es la verdad de Dios. En cualquier caso, encontramos ahí una buena pintura de los peligros de la hipocresía y la santurronería, hecha con trazos reales y honestos que no han envejecido.

Otro tema importante para el joven Newman es «La unidad de la Iglesia». En noviembre de 1829 predicó tres veces seguidas precisamente sobre el pasaje que los católicos esgrimen contra anglicanos y protestantes, para fundar escriturísticamente la autoridad del Papa: «yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mt 16,18). El incómodo texto pro-papista no hace la menor mella en un Newman que en aquellos años habría rechazado tajantemente cualquier posibilidad de acercamiento a la Iglesia de Roma. Lo que Newman ve en

Pedro no es al papa, sino la sucesión apostólica y el bautismo como bases de la unidad visible de los cristianos, que es lo que él estaba descubriendo entonces, cuando no había mudado todavía completamente su piel de protestante.

«La crucifixión» es un sermón maduro, de 1842, que tiene para mí dos puntos interesantes: primero, la viveza con que Newman es capaz de imaginar los dolores del Señor y empujar a sus oyentes a sentirlos, en una especie de *Via Crucis* –donde el pudor ocupa, por cierto, un puesto relevante. Años más tarde, ya católico, Newman compuso un *Via Crucis*; pero ahora está yendo en contra de toda la tradición anglicana. Lo más probable es que este sermón recoja la contemplación personal de Newman sobre la Pasión de Cristo durante la Cuaresma en su retiro de Littlemore. Ya muerto Newman, los oratorianos que le habían conocido recordaban la forma en que describía la ignominia de la crucifixión: «como se clava a una alimaña en el vallado»⁷. Solo quienes han oído a Newman pueden imaginar el sufrimiento interior que se apoderaba de su voz al pronunciar estas palabras, y la especie de apresuramiento, como si quisiera quitárselas de encima y acabar, seguidas por un rápido retorno a la calma con que había estado hablando hasta pocos segundos antes» (*Sermon Notes* viii-ix).

Precisamente su esfuerzo por hacer plástico el mensaje a sus oyentes le lleva al segundo de los puntos que quiero subrayar en este sermón sobre la crucifixión: que Newman recurre a la crueldad con los animales como punto de comparación con los sufrimientos del Señor. También se habla de la vivisección y «del frío y calculado acto de hombres de ciencia que hacen experimentos en animales, quizá movidos solo por pura curiosidad».

Hay dos sermones sobre la Eucaristía, «La asistencia a la sagrada comunión» y «El festín del evangelio». En el primero, de 1831,

⁷ «As we fix a noxious bird up»: debo a Andrew Breeze la noticia de esta costumbre de los granjeros ingleses, que se mantuvo hasta bien entrado el siglo XX.

destaca de nuevo la visión práctica y el debate con los evangélicos: si queremos buscar a Cristo, busquémosle no donde nosotros queremos, sino allí donde Él nos ha dicho, en el pan; y hagámoslo con la mayor frecuencia posible. El final es de tonos cósmicos, impresionantes: el mundo se hunde, pero la lucecilla del altar arde cada vez más brillante. Siete años después, en 1838, vuelve a la Eucaristía, esta vez como festín. Newman, que entonces no creía en el *cómo* –la transubstanciación–, pero sí en el *qué* de la Eucaristía, había empezado a celebrar el servicio de la Comunión primero semanalmente y más tarde a diario, cuando lo normal entre anglicanos era hacerlo media docena de veces al año.

Reproduzco ahora advertencias ya incluidas en la introducción a los volúmenes anteriores. Si toda traducción implica un trasvase cultural más que lingüístico, en nuestro caso conviene no olvidar que la lengua de partida es un lenguaje religioso, perteneciente a la tradición anglicana, de la primera mitad del siglo XIX; y la de llegada es otro lenguaje religioso, propio de una tradición católica que habla al siglo XXI. Palabras y sintagmas presentan problemas que no siempre admiten una misma solución, y que son muy capaces de envarar la versión castellana. La sintaxis newmaniana suele responder a una arquitectura sencilla y parroquial que trasparenta un discurso oral, y que generalmente no es demasiado complicada, aunque sí un tanto torrencial. Abundan las enumeraciones paratácticas, las tiradas, muchas veces de creciente intensidad, con una puntuación algo rota y extraña, llena de conjunciones copulativas y de unos guiones que Newman emplea con funciones variadas. Espero que el lector no se extrañe ante las huellas escritas del registro hablado –quizá puede probar a leer los sermones en voz alta.

En cuanto a los textos de la Escritura, mantengo el criterio de sustituir los textos de la Biblia anglicana que Newman empleaba (la *King James Version* o *Authorised Version* de 1611) por la versión española de la Biblia que publicó la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra (*Sagrada Biblia*. Traducida y anotada por la Facultad de

Teología de la Universidad de Navarra) y que está disponible también en un solo volumen (*Biblia de Navarra: edición popular*). Pretendo así dar prioridad a la actualidad del texto sagrado y ser coherente con el objetivo último de esta traducción de los *Parochial and Plain Sermons*, que no es un proyecto erudito o estrictamente teológico, aunque desde luego sí quiere ser riguroso al máximo en su versión del texto original. Sin embargo, cuando el texto bíblico inglés ha parecido de algún relieve, lo mantengo sin advertirlo y realizando las leves adaptaciones gramaticales necesarias que exigen el contexto gramatical o el razonamiento doctrinal del predicador. Las abreviaturas de los distintos libros bíblicos proceden también de la Biblia de Navarra.

En este ámbito del lenguaje religioso, tiendo a emplear mayúsculas en «Evangelio» cuando equivale a ‘Nuevo Testamento’ y minúsculas cuando equivale más bien a ‘relatos evangélicos’, aunque el criterio puede no ser del todo estable. En determinados momentos el énfasis me lleva a escribir Resurrección, Apóstol, Bautismo o Ascensión. Los demostrativos con mayúscula referidos a Dios, como «Su», resultan sumamente útiles con sentido diacrítico en castellano, idioma bastante impreciso en esto, donde un demostrativo mal colocado o ausente puede marear a los lectores en busca del sujeto gramatical; justo al contrario que el inglés. Pero cuando no hay necesidad de precisar, el pronombre va en minúscula aunque se refiera a Dios –con excepción de «Él».

Los números que figuran en cada encabezamiento, así como las fechas de predicación, proceden de la edición de los sermones inéditos que preparó Placid Murray (*Sermons 1824-1843*, 353-72) y corresponden a la numeración integral de los sermones, hecha por el propio Newman.

Radcliffe Camera, Oxford

agosto de 2013

V G R

OBRAS CITADAS

- Bellasis, Edward. *Memorials of Mr. Serjeant Bellasis: 1800-1873*. 2.^a ed. Londres, 1895.
- Biblia de Navarra: edición popular*. Pamplona/Woodridge (Illinois): Eunsa/Midwest Theological Forum, 2008.
- Newman, John Henry. *Apologia pro vita sua*. Edición, traducción y notas de Víctor García Ruiz y José Morales. 2.^a ed. Madrid: Encuentro, 2010.
- Newman, John Henry. *Sermons 1824-1843*. Ed. Placid Murray. Vol. 1. Oxford: Clarendon Press, 1991.
- Pattison, Mark. *Memoirs*. London: Macmillan, 1885.
- Plain sermons, by contributors to the "Tracts for the times"*. Ed. Isaac Williams. 10 vols. Londres: Gilbert & Rivington, 1839-48.
- Sagrada Biblia*. Traducida y anotada por la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. 5 vols. Pamplona: Eunsa, 1997-2005.
- Sermon notes of John Henry Cardinal Newman, 1849-1878*. Edited by Fathers of the Birmingham Oratory. London/New York: Longmans, Green, 1913.
- The Letters and Diaries of John Henry Newman*. Edited at the Birmingham Oratory with notes and an introduction by Charles Stephen Dessain, I.T. Ker, Thomas Gornall, Gerard Tracey, and Francis J. McGrath. 32 vols. London/New York: T. Nelson, 1961-2008. Abreviatura: LD.

TABLA DE ABREVIATURAS

Ab	Abdías
Ag	Ageo
Am	Amós
Ap	Apocalipsis
Ba	Baruc
1 Cor	Primera Carta a los Corintios
2 Cor	Segunda Carta a los Corintios
Col	Carta a los Colosenses
1 Cro	Libro 1 de las Crónicas
2 Cro	Libro 2 de las Crónicas
Ct	Cantar de los Cantares
Dn	Daniel
Dt	Deuteronomio
Ef	Carta a los Efesios
Esd	Esdras
Est	Ester
Ex	Éxodo
Ez	Ezequiel
Flm	Carta a Filemón
Flp	Carta a los Filipenses
Ga	Carta a los Gálatas
Gn	Génesis
Ha	Habacuc

Hb	Carta a los Hebreos
Hch	Hechos de los Apóstoles
Is	Isaías
Jb	Job
Jc	Jueces
Jdt	Judit
Jl	Joel
Jn	Evangelio según san Juan
1 Jn	Primera Carta de san Juan
2 Jn	Segunda Carta de san Juan
3 Jn	Tercera Carta de san Juan
Jon	Jonás
Jos	Josué
Jr	Jeremías
Judas	Carta de san Judas
Lc	Evangelio según san Lucas
Lm	Libro de las Lamentaciones
Lv	Levítico
1 M	Libro Primero de los Macabeos
2 M	Libro Segundo de los Macabeos
Mc	Evangelio según san Marcos
Mi	Miqueas
Ml	Malaquías
Mt	Evangelio según san Mateo
Na	Nahum
Ne	Nehemías
Nm	Números
Os	Oseas
1 P	Primera Carta de san Pedro
2 P	Segunda Carta de san Pedro
Pr	Proverbios
Qo	Libro de Qohélet (Eclesiastés)
1 R	Libro Primero de los Reyes

2 R	Libro Segundo de los Reyes
Rm	Carta a los Romanos
Rt	Rut
1 S	Libro Primero de Samuel
2 S	Libro Segundo de Samuel
Sal	Salmos
Sb	Sabiduría
Si	Libro de Ben Sirac (Eclesiástico)
So	Sofonías
St	Carta de Santiago
Tb	Tobías
1 Tm	Primera Carta a Timoteo
2 Tm	Segunda Carta a Timoteo
1 Ts	Primera Carta a los Tesalonicenses
2 Ts	Segunda Carta a los Tesalonicenses
Tt	Tito
Za	Zacarías

SERMONES PARROQUIALES
(*PAROCHIAL AND PLAIN SERMONS*)

por John Henry Newman, b.d.¹
vicario que fue de la iglesia de Santa María, en Oxford
en ocho volúmenes
volumen vii
reimpresión
Longmans, Green y compañía
39 paternoster row, Londres
New York, Bombay and Calcutta
1908

¹ B.D.: Bachelor of Divinity, 'licenciado en teología'.

SERMÓN 1

EL PASO DEL TIEMPO

[n. 327 | 1 de enero de 1832]

«Todo lo que esté al alcance de tu mano, hazlo con todas tus fuerzas, pues en el seol adonde te diriges no hay acción ni discernimiento, ciencia ni sabiduría» (Qo 9,10)

El consejo de Salomón de que hagamos lo que esté al alcance de nuestra mano con todas nuestras fuerzas concentra de forma natural nuestro pensamiento en esa gran obra que a todos los hombres concierne, que sobrevivirá a cualesquiera otras obras, y la única para la que, en realidad, estamos aquí en esta tierra: salvar nuestras almas. La consideración de esta gran obra que debemos realizar con todas nuestras fuerzas y llevar a cabo antes de llegar al seol al que nos dirigimos se nos presenta con especial fuerza al comienzo del año. Entramos hoy en una nueva etapa del viaje de nuestra vida; sabemos bien cómo terminará este viaje, y vemos el lugar donde pararemos a la tarde, aunque no vemos la carretera. Sabemos en qué consiste el oficio de viajar y que es importante que lo hagamos «con todas nuestras fuerzas; pues en el seol adonde te diriges no hay acción ni discernimiento, ciencia ni sabiduría». Tan claro es esto que no hace falta decir nada para convencernos de su verdad. Lo sabemos bien: cuando se les recuerda esto a los hombres, la queja más habitual es que ya lo saben, que no es nada nuevo, que no hace falta que se lo digan, que es muy cansado oír la misma cosa una y otra vez, y además

resulta impertinente por parte de la persona que tanto insiste. Sí: los pecadores tranquilizan su conciencia riñendo a aquellos que apelan a ella; se defienden (si a eso se le puede llamar defensa) alegando que ya saben lo que deberían hacer y no hacen; que saben perfectamente bien que viven distanciados de Dios y que se encuentran en peligro de eterna ruina, que saben que se están convirtiendo en hijos de Satanás, y negando al Dios que los redimió, y no quieren que nadie se lo diga. Así aportan pruebas contra sí mismos.

Aunque sabemos muy bien que nos queda mucho por hacer antes de que nos llegue la muerte, no obstante, nos pueden ser útiles (con solo prestar atención) algunas consideraciones sobre el tema, porque meditándolo de forma constante y seria, podremos, con la gracia de Dios, adquirir una convicción mayor sobre esa verdad. Mientras que si nos quedamos en ideas generales y decimos que esta vida es importante y breve, como suelen decir los hombres de manera puramente formularia, carecemos, hablando con propiedad, del menor conocimiento real de esa gran verdad.

Considerad, pues, qué es morir. «En el seol no hay acción ni discernimiento, ciencia ni sabiduría». La muerte pone fin irrevocablemente, absolutamente, a todos nuestros planes y acciones, y es inevitable. El salmista habla a «humildes y nobles, lo mismo ricos que pobres» (49,3). «Nadie puede redimirse a sí mismo ni pagar a Dios su rescate» (Sal 49,8). «Mueren los sabios como perecen el necio y el torpe, dejando a otros sus riquezas» (Sal 49,11). Por difícil que nos resulte entenderlo a fondo, y caer en la cuenta de cómo nos afecta personalmente, no obstante, tan cierto como que estamos aquí reunidos esta tarde es que todos, antes o después, uno por uno, acabaremos tendidos en el lecho de la muerte. De forma instintiva huimos del pensamiento de la muerte y de todo lo que la rodea; pero todo eso que tiene de odioso e intimidante nos ocurrirá, hoy a uno, mañana a otro. Y todo esto es nada en comparación con las consecuencias anejas a la muerte. La muerte nos para; para nuestra carrera. Los hombres están dedicados a sus trabajos o a sus placeres, están en la ciudad o en el campo, y se les

para. Les hacen la cosecha de sus obras sin previo aviso, se les hace un recuento, todo queda sellado hasta el Gran Día del Juicio. ¡Qué gran cambio! Como se suele decir al hablar de los difuntos, «ya no están». Rebosaban de proyectos y de ideas. De alto o bajo rango, todos tenían sus esperanzas y sus temores, sus expectativas, sus rivalidades, buscaban cosas. Todo eso ahora ha terminado. Uno construía una casa, que queda sin tejado; otro compró mercancías, que quedan sin vender. Todas las virtudes y buenas cualidades que tan queridos les hacían a sus amigos, en lo que a este mundo se refiere, se esfuman. ¿Dónde están los que eran tan vitalistas, tan optimistas, tan generosos? ¿Dónde el afable, el modesto, el bondadoso? Nos dicen que han muerto; desaparecieron de repente. Es cuanto sabemos. Nos fueron arrebatados silenciosamente; no se les verá en la asamblea de los ancianos, ni en la congregación del pueblo, ni en la reunión de las gentes, ni en la tranquilidad de la casa que tanto apreciaban. Como dice la Escritura, «sobre ellos pasa el viento y no subsisten, ni se reconoce más su sitio» (Sal 103,16). Han roto las muchas ataduras que los ligaban; eran padres, hermanos, hermanas, hijos, amigos; pero el lazo de la sangre se rompe y se afloja la plateada soga del amor. A los que mueren les sigue la vehemente aflicción de las lágrimas, el largo lamento de corazones llenos de dolor; pero ellos no regresan, no contestan; ni siquiera satisfacen nuestro deseo de saber que ellos sienten dolor por nosotros, como nosotros lo sentimos por ellos. A partir de entonces, hablamos de ellos como de personas desconocidas, hablamos de ellos como de terceras personas, cuando en realidad estaban siempre con nosotros, y compartíamos con ellos cualquier pensamiento que cruzara nuestra mente. O quizá, si nuestro dolor es demasiado intenso, ni siquiera los volvemos a nombrar. Y sus posesiones, lo mismo; todas pasan a otros. El mundo sigue adelante sin ellos, los olvida. Sí, así es. El mundo se las ingenia para olvidar que los hombres tienen alma, los contempla como meros componentes de un gran sistema visible, que sigue adelante; a este sistema, el mundo le asigna una especie de vida y de personalidad. Cuando muere alguno de sus miembros, lo tiene

Sermones parroquiales / 7

En 1842, tras la aparición del sexto volumen, Newman había dado por terminada la publicación de la serie de sus *Sermones parroquiales*. En esos momentos se hallaba inmerso en el dramático proceso interior que culminaría con su conversión al catolicismo en 1845. Pero a petición de un amigo preparó para su publicación otros sermones que acabaron conformando los volúmenes séptimo y octavo de la serie. En este séptimo volumen se incluyen 18 sermones de diversas épocas y temáticas que abarcan desde el rechazo de la religión, la avaricia o la economía, hasta la unidad de la Iglesia, la crucifixión o la Eucaristía.

En esta edición se incluye su último sermón como clérigo anglicano, *Separarse de los amigos*, escrito inmediatamente después de su dimisión como vicario de Saint Mary's, el 25 de septiembre de 1843: una verdadera joya.

NUEVA EDICIÓN CORREGIDA

Depósito Legal: M-10991-2026



Universidad
Pontificia
de Salamanca



ISBN: 978-84-1339-283-7

